

cuya dependencia funda en la de los hechos que estudian. Estos hechos se agrupan «en categorías naturales, dispuestas de suerte que el estudio racional de cada categoría se funda en las leyes principales de la precedente y sirve de fundamento al estudio de la siguiente». Fórmase de este modo una jerarquía, donde cada categoría de hechos, representada por las leyes correspondientes sistematizadas en ciencias abstractas, es más *general* y más *simple* que la superior inmediata, y este orden de *generalidad decreciente*, correlativa de una complejidad creciente, constituye la unidad de la doctrina filosófica y da á la clasificación de las ciencias una gran homogeneidad. Divide Comte los seres de la naturaleza en dos clases: cuerpos brutos, que poseen las propiedades más simples, y cuerpos organizados, que añaden á aquellas propiedades otras menos generales y más complejas. La primera clase se subdivide, por el mismo principio de generalidad decreciente, en tres grupos, á los que corresponden tres ciencias: la Astronomía, para los fenómenos más generales y más simples; la Física, que considera los cuerpos desde el punto de vista simple y general de la Mecánica; la Química, que tiene por objeto las leyes de las combinaciones de los cuerpos. La segunda clase se subdivide, á su vez, en dos grupos, á los que corresponden dos ciencias: la Biología, que considera las leyes fisiológicas del individuo, y la Física social, cuyo objeto es las leyes más complejas de la evolución social. Queda otro grupo de fenómenos, el de las categorías de número, espacio y fuerza, asunto de las Matemáticas, que estudian las leyes más generales y más simples de todas. «En suma, la Matemática, la Astronomía, la Física, la Química, la Fisiología y la Física social, tal es la fórmula enciclopédica, única lógicamente conforme á la jerarquía natural é invariable de los fenómenos».

Originales son las ideas de Comte acerca de la constitución social. Así como, en la religión cristiana, el fiel recibe de una autoridad competente los dogmas que debe creer y los mandamientos que debe guardar, del mismo modo en la sociedad, los hombres que por incapacidad natural ó por razón de su oficio no pueden descubrir los principios reguladores de la acción, los reciben de una autoridad superior. Obtener una noción clara de las relaciones del hombre con el resto del universo, para resolver por la ciencia los problemas que se plantean á diario en la práctica, tal es el fin de la más elevada actividad humana. Por ser esta obra superior á la capacidad de la mayoría de los hombres, conviene instituir una clase de espíritus especulativos, consagrados á la solución de estos áridos problemas. Aquella insuficiencia es todavía mayor en el terreno de la Moral, ya por la dificultad de percibir los verdaderos principios éticos, ya por la tendencia á no observarlos á menos de estar sometidos á un freno, sea físico, el representado por ese mal necesario que se llama gobierno, sea moral. El remedio consiste en instituir un poder espiritual basado en la filosofía positiva, llamado á prevenir dos especies de miserias sociales: en todos los hombres en general, el predominio de los instintos egoís-

tas; en los doctos en particular, la afición á los estudios inútiles. El primer fin se alcanzará por una educación que subordine los sentimientos egoístas á los desinteresados; el segundo, por la sistematización de la investigación científica, que hará converger á un fin común, de utilidad reconocida, esa actividad que hoy se gasta en vanas especulaciones sobre problemas insondables é inútiles.

Si estas ideas se aplicasen, es evidente que el hombre quedaría sometido en todas sus relaciones á una reglamentación oficial, que le despojaría de toda libertad y de toda iniciativa. Obsérvese, además, que Comte atribuye á los centros rectores de la sociedad influencia predominante, que no tienen y que pertenece realmente á la vida orgánica é inconsciente proveniente de la acumulación de las adquisiciones seculares más lejanas, sucesivamente integradas. La función especial de los centros superiores, así en las sociedades como en los individuos, es coordinar la vida consciente, la que aún no ha sido incorporada á la vida automática, ó que no lo será nunca. Comte vió bien que «la evolución social es un movimiento general colectivo», resultante de la correlación entre los movimientos particulares que la constituyen; pero al buscar el elemento preponderante que determina este movimiento, cree hallarlo en la inteligencia y concibe la historia de la sociedad como regulada por la historia del entendimiento humano. De aquí el pensar que «las ideas y las opiniones son las que gobiernan el mundo», de acuerdo con Condorcet y Turgot; que veían también en el progreso de los conocimientos humanos la verdadera medida del desarrollo de las sociedades. Está más en lo cierto al concebir, como Kant, «cada uno de los estados sociales consecutivos como resultado necesario del precedente y motor indispensable del siguiente».

Ensanchó y afirmó las bases de la nueva dirección filosófica el inglés Eriberto Spencer, uno de los pensadores más fecundos del siglo décimo-noveno. La más fundamental de sus publicaciones es los *Primeros principios*. Dos partes sobresalen en su sistema y lo caracterizan: el análisis del problema del conocimiento y el de la ley de la evolución, descubierta por Darwin, según vimos en el capítulo anterior, y que Spencer generaliza extendiéndola á todas las esferas de la vida, así orgánica como inorgánica. Separa la religión, cuyo contenido es lo absoluto, asequible no más que al sentimiento, de la ciencia, que versa sobre lo relativo, campo propio del conocimiento. Por esta limitación de sus respectivos dominios, demuestra la legitimidad de la religión y asegura la independencia de la ciencia. Busca luego un criterio de verdad, que halla en la conciencia. Toda proposición expresa una asociación de estados de conciencia, relativos ya al sujeto, ya al objeto. De estas asociaciones, unas son disolubles en el transcurso del tiempo; otras, indisolubles y, por tanto, necesarias, reguladoras del pensamiento, leyes universales de la conciencia. Su indisolubilidad misma es inexplicable. Los estados de conciencia se dividen en dos clases: internos ó subjetivos, externos ú objetivos. Unos y otros se corres-

penden de suerte que los estados externos, que llamamos percepciones, suscitan determinados estados internos. Además, los estados del sujeto se suscitan unos á otros formando series, cuyas condiciones de aparición podemos determinar, y lo mismo exactamente acontece con los estados del objeto. Ocurre, sin embargo, que en ocasiones surge espontáneamente un estado cuyo antecedente no podemos señalar, es incognoscible y supone fuera una fuerza desconocida, susceptible de intervenir á cada instante en las series de los estados del objeto. Lo que sea esta fuerza no podemos decirlo, á pesar de lo cual tenemos que declararla real, porque persiste con carácter absoluto. Sobre esta verdad necesaria se puede edificar una explicación del conocimiento, mediante dos hipótesis: suponiendo ya que los estados de conciencia que forman la clase del objeto son manifestaciones de lo desconocido, del *noumeno*, ya que las ideas se han formado por la repetición constante de las mismas asociaciones durante un número incalculable de generaciones, «transmitiéndose hereditariamente en forma de modificaciones de la estructura orgánica». Con estas dos hipótesis se explican todos los hechos de conciencia. Las formas ó leyes del pensamiento son «uniformidades absolutas de dentro, engendradas por una repetición de uniformidades absolutas de fuera». Estas relaciones universales son de dos clases: primitivas, relaciones de sucesión; secundarias, relaciones de coexistencia. Consideradas aparte de los estados de conciencia, estas relaciones constituyen las concepciones del tiempo y del espacio. Sería presumir de mucho saber afirmar que los cambios ocurridos en la existencia fenomenal corresponden á cambios paralelos ocurridos en la existencia *noumenal*, y siendo imposible, por otra parte, saber nada positivo acerca de la naturaleza de los cambios del *noumeno*, de la cosa en sí, nuestro conocimiento no puede ser más que relativo. El objeto verdadero de la Filosofía es, pues, la ciencia no de lo absoluto, sino de lo relativo. Los principios que las ciencias reconocen, pero que no explican, son principios filosóficos: si estos principios son verdaderos para todas las ciencias de hechos, se los llama universales; si se los puede referir al primer principio ineluctable, la persistencia de la fuerza, se los llama necesarios. Mostrar, de un lado, que la infinita variedad de los fenómenos obedece en sus transformaciones á las mismas leyes de equivalencia, de ritmo y de dirección y que esta metamorfosis y estas leyes son corolarios de un mismo principio, la persistencia de la fuerza, y de otro lado, que todo estado de una cosa está inserto en el anterior y en el siguiente, ó en otros términos, sistematizar los axiomas de las ciencias y dar una teoría del cambio de las cosas, tal es la obra que debe realizar la Filosofía.

Pasando á la ley de la evolución, Spencer considera el progreso como una especie de cambio, y el cambio como una modificación de la materia y una modificación del movimiento. La materia es indestructible, el movimiento es continuo: corolario del primer principio atestiguado, la persistencia de la fuerza. De la variada combinación de estos dos

elementos resultan todos los fenómenos del cosmos. Todo agregado material tiene partes y posee cierta cantidad de movimiento, ya sensible, como cuando ocupa sucesivamente diferentes posiciones; ya insensible, por ejemplo, cuando afecta nuestros sentidos por sus cualidades. El cambio efectuado en este agregado que no sea un simple transporte de materia, debe consistir, bien en un aumento ó disminución de la cantidad de materia ó de la cantidad de movimiento, bien en un nuevo arreglo de las partes y en un distinto reparto de la cantidad de movimiento. Si la cantidad de movimiento insensible disminuye, hay concentración de las partes, consolidación de la masa, integración; si el movimiento insensible aumenta, hay dispersión de las partes, desconsolidación de la masa, desintegración. Estos dos tipos de cambio—concentración de la materia con disipación de movimiento, absorción de movimiento con difusión de la materia—son las dos caras de la metamorfosis universal, encontrándose en todas partes tendencia á la integración ó á la desintegración, en ninguna el reposo, el equilibrio de las dos tendencias. La integración es la evolución, el paso de lo homogéneo á lo heterogéneo; la desintegración es la disolución, la vuelta de lo heterogéneo á lo homogéneo. La necesidad de la evolución deriva de tres leyes: *inestabilidad de lo homogéneo, multiplicación de los efectos y segregación*. La primera significa que la homogeneidad es en todo cuerpo condición de equilibrio inestable; la segunda, que una fuerza actuando sobre un compuesto ya heterogéneo, afecta diferentemente sus partes produciendo múltiples efectos; la última, que de estos movimientos causados por una fuerza, unos van en idéntica dirección, otros en dirección contraria, dando por resultado la convergencia de las unidades movidas en el mismo sentido y la divergencia de las movidas en sentidos diferentes. La evolución es, pues, «una integración de materia acompañada de disipación de movimiento, por cuya virtud la materia pasa de una homogeneidad indefinida é incoherente á una heterogeneidad definida y coherente, y el movimiento retenido experimenta transformación análoga. La evolución llega á su término cuando el agregado, marchando de concentración en concentración, de pérdida de movimiento en pérdida de movimiento, llega á un grado de concentración en que las partes no tienen ya movimiento que perder, no son susceptibles de nuevo arreglo, se hallan en equilibrio. Si en este estado de equilibrio interno, una fuerza exterior cae sobre el agregado, no pudiendo causar en él un arreglo de materia y de movimiento distinto del existente, sobreviene una desintegración, más ó menos extensa, según la cantidad de movimiento que el cuerpo absorba. Esta desintegración, prelude de la disolución, se produce también en los agregados que no han terminado su evolución, marchando sin cesar, al lado de la evolución, su correlativo necesario, la disolución.

Tales son los dos puntos capitales de la doctrina de Spencer y que serán, por siempre al parecer, los ejes en torno de los que girará el pensamiento. Que se prescinda de lo absoluto ó que éste se adjudique á la religión, la Filosofía, emancipada de la Metafísica,

limitada al conocimiento de lo relativo, tendrá por objeto en adelante investigar el principio universal y los inmediatos que de él derivan y que sirven de postulados á las ciencias particulares; y la ley de la evolución, más firme y más sólida á medida que la investigación adelanta, quedará como la ley que rige la incesante y universal metamorfosis que se efectúa en los diversos ámbitos del mundo. No nos detenemos á hablar aquí de los trabajos de Spencer en Psicología y Sociología, que hallarán lugar adecuado más adelante.

La profunda revolución en el campo de la Filosofía que acabamos de reseñar, fué debida al influjo de los progresos de la Biología, que expusimos en el capítulo anterior, y de los no menos importantes efectuados en la Psicología. Desde los trabajos de Hartley, en Inglaterra, y de Herbart, en Alemania, la Psicología fué cambiando de orientación y de métodos, concretándose al estudio de los fenómenos de conciencia, adoptando los procedimientos de las ciencias biológicas, abandonando su carácter metafísico, los supuestos «el alma y sus facultades» como substancias propias é independientes. Los adelantos de la Fisiología le han permitido establecer que todo estado de conciencia está sujeto á un concomitante físico bien determinado. Ciertamente que hay estados de conciencia, como los raciocinios abstractos, los sentimientos de orden más elevado, acerca de los que cabe abrigar dudas; pero no lo es menos que la vida psíquica forma una serie continua que parte de la sensación y acaba en el movimiento, y si en un extremo hallamos sensaciones é imágenes sujetas á estados físicos, y en el otro, deseos y voliciones dependientes igualmente de estados físicos, no hay razón para suponer en medio la existencia de una actividad sometida á otras condiciones, regida por otras leyes. A los dos métodos de la antigua Psicología, el de concordancias y el de diferencias, la nueva añade un tercero, el de las variaciones concomitantes, que consiste en producir variaciones físicas para estudiar las correspondientes variaciones psíquicas. Porque á la manera que la Física para estudiar el calor, no pudiendo expulsarlo de los cuerpos, lo aumenta ó disminuye y observa sus efectos, de análoga suerte la Psicología, no alcanzando á suprimir y restablecer una forma de actividad mental para estudiar su naturaleza y sus efectos, la hace variar mediante su concomitante físico. En virtud de este método, la Biología se transforma de descriptiva en explicativa, de historia natural en ciencia natural. Por estos caracteres precisamente, se distingue la Psicología moderna en cada uno de los dos pueblos que primeramente la han cultivado: Inglaterra y Alemania. Los ingleses se han aplicado con preferencia á estudiar los fenómenos de conciencia en sí mismos, las relaciones entre ellos, sus leyes de asociación, y el carácter de su Psicología es descriptivo; los alemanes, por lo contrario, han elegido, como objeto preferente de sus investigaciones, no los fenómenos psíquicos en sí, vistos directamente, sino indirectamente, al través de los estados físicos, edificando por este modo la Psicología experimental ó, como

ellos dicen, la Psicología fisiológica. Determinar los efectos por sus causas (la sensación por la excitación), y las causas por sus efectos (los estados internos por los actos que los expresan): tales son los medios que principalmente emplean. Su campo es restringido, á causa de no haber podido llegar, hasta el presente, al punto medio de la cadena cuyos anillos extremos son la sensación y el acto; pero dentro de este campo, han colocado el fenómeno psíquico en condiciones determinadas, precisas, científicas, y nada se opone á la esperanza de que con el tiempo lleguen á penetrar en los dominios más recónditos de la actividad psíquica. Reseñemos á grandes rasgos la marcha de estos estudios en uno y otro pueblo.

Los principales representantes de la Psicología inglesa son Stuart-Mill, Spencer, Bain y Lewes.

Para Stuart-Mill, la Psicología tiene por objeto las leyes primitivas ó derivadas según las que un estado mental sucede á otro, ó, cuando menos, á la aparición de otro. Esta ciencia alcanzará su perfección ideal cuando nos coloque en situación de predecir con certeza la manera de pensar, sentir y obrar de un individuo en el curso de su vida. Por la dificultad de reunir en cada caso todos los datos, estas predicciones no serán más que probables respecto de los individuos, y sólo llegarán al grado de certeza tocante al carácter y conducta de la multitud. En esto estriba la utilidad de la Psicología, cuya independencia afirma Stuart-Mill, sosteniendo, contra el fisiologismo de Comte, el método de la introspección ú observación directa de las sucesiones mentales, y contra la metafísica alemana, su valor científico, basado en estos dos principios: primero, que los fenómenos más abstractos del espíritu se forman de los fenómenos más simples y elementales; segundo, que la ley mental por medio de la que se verifica esta formación es la ley de asociación. «Esta ley es en Psicología lo que la gravitación en Astronomía, lo que las propiedades elementales de los tejidos en Fisiología», es el hecho último al que todos los demás se refieren, y tiene por base ya la semejanza que existe entre los estados psíquicos, ya la simultaneidad ó sucesividad con que aparecen, ora, en fin, su intensidad, observándose que impresiones muy intensas tienden á excitarse sucesivamente. Las asociaciones simultáneas predominan en las personas dotadas de viva sensibilidad orgánica; las sucesivas, en las poco impresionables. En la sucesión se da la causa, que define: «el antecedente, ó grupo de antecedentes, que va seguido invariable é incondicionalmente del mismo grupo de consiguientes». Para que exista la relación de causa á efecto, no basta que la sucesión sea invariable, se requiere también que sea incondicional, ó como dicen otros, necesaria. De esta suerte, la idea de causalidad, base de toda ciencia, «raíz oculta» de toda inducción, se explica pura y simplemente por la experiencia; y de la experiencia derivan igualmente los axiomas y verdades necesarias, las cuales no son otra cosa que «las generalizaciones más fáciles y más simples de los hechos suministrados por los sentidos y la conciencia».